

rededor un grupo hostil le propinaba injurias y sarcasmos. Tomás no distinguía ninguna fisonomía y lo veía todo como á través de una bruma. Las palabras que le dirigían no le hacían dado. Un sentimiento nuevo, hecho de amargura y de dolor, un sentimiento vago, que había invadido todo su ser y no daba lugar á ninguna otra impresión. Tomás seguía el progreso del estrago que tenía lugar en su alma y aún cuando fuese incapaz de definirlo, experimentaba una angustia dolorosa y un disgusto inmenso.

—¡Reflexiona un poco, charlatán... en lo que tú has ganado! decía Reznikoff. ¿Qué existencia será la tuya ahora? Ninguno de nosotros se dignará ahora ni escupirte á la cara.

—¿Qué he hecho pues? se preguntaba Tomás perplejo.

Los fabricantes le rodeaban.

—Vamos, Tomás, decía Iatchuroff, estás aviado...

—Nosotros te...

—Soltadme! dijo Tomás.

—¡No! Estás mejor así...

—Llamad á mi padrino...

Pero en este momento apareció Jacob Tarassovitch en persona. Se aproximó á Tomás, examinó con mirada severa su larga silueta extendida en el puente y exhaló un profundo suspiro.

—¿Y bien, Tomás? pronunció.

—Di que se me desate, dijo Tomás con voz dulce.

—¡Vas á empezar tus barbaridades! No, permaneceré así.

—Te juro no abrir más la boca. Desatadme, me da vergüenza! ¡En el nombre del cielo! ¡Si no estoy borracho! Podéis, si queréis, dejarme atadas las manos...

—¡Jura no volver á empezar! dijo Maiakín.

—¡Oh! ¡Dios mío! no... no... gimió Tomás.

Se deshizo sólo la atadura de las piernas. Cuando

se pudo levantar, los miró á todos y dijo con triste sonrisa:

—Me habéis podido...

—Lo podremos siempre... respondió su padrino con altivez.

Completamente encorvado, las manos atadas atrás, Tomás se aproximó á la mesa sin levantar los ojos ni pronunciar una sola palabra. Parecía más delgado y más pequeño. Mechones de cabellos le caían por la frente y las sienes. La pechera desgarrada de su camisa salía por encima del chaleco; el cuello le subía á la boca. Trataba en vano de ponerle en su sitio moviendo la cabeza. Un viejo se le aproximó, puso en orden sus vestidos, le miró con sonrisa bondadosa y dijo:

—Hay que saber llevar la cruz...

En presencia de Maiakín, todos los que se habían burlado de Tomás guardaban un silencio interrogador y esperaban con curiosidad que el viejo se decidiese á hablar.

Maiakín estaba tranquilo, pero sus ojos relucían con brillo extraño, poco en armonía con los acontecimientos; la expresión era más bien alegre.

—Dadme aguardiente, articuló Tomás sentándose ante la mesa y apoyando encima su pecho.

Su cuerpo encorvado inspiraba lástima en su impotencia. Se hablaba á media voz ante él y se andaba con precaución. Todas las miradas se dirigían ya á Tomás ya á Maiakín, que había cogido una silla y se había sentado enfrente de él. El viejo no accedió en seguida al deseo de su ahijado. Le miró primero fijamente, después llevó sin darse prisa un vasito de aguardiente que llevó sin hablar palabra á la boca de Tomás. Este vació el vaso hasta la última gota y pidió de nuevo aguardiente.

—¡Es bastante! respondió Maiakín.

Un silencio pesado embargaba á la concurrencia.

Los que se aproximaban á la mesa iban de puntillas y alargaban el cuello para ver á Tomás.

—Y bien, Tomás, ¿has comprendido lo que has hecho? preguntó Maiakín.

Hablaba con lentitud, cada cual pudo oír la pregunta.

Tomás hizo una señal incierta con la cabeza y no pronunció una palabra.

—¡No esperes perdón, no! prosiguió Maiakín en alta voz. Aunque todos seamos cristianos, no te perdonaremos, puedes estar seguro.

Tomás levantó la cabeza y dijo pensativo:

—Os he olvidado, padrino... No os he dicho nada...

—¡Tened! exclamó con tono amargo Maiakín señalando á su ahijado. ¡Ya lo veis!

Un murmullo de protesta se elevó entre la concurrencia...

—¡Pero, bah! continuó Tomás con un profundo suspiro, ¿qué importa eso? ¡No ha resultado nada de todo ello! ¡ay de mí!

—¿Qué querías? le preguntó su padrino con frialdad.

—¿Que qué quería? Tomás levantó la cabeza y miró á su alrededor sonriendo. Quería...

—¡Borracho! ¡Miserable!

—¡No estoy borracho! replicó Tomás con voz pausada. No he tomado más que dos copas... Tenía mis sentidos cabales...

—Entonces, ¿eres tú quien dice verdad? ¡Jacob Tarassovitch no lleva razón! dijo Bobroff

—¡Yo! exclamó Tomás.

Nadie se preocupó más de él.

Reznikoff, Zuboff y Bobroff se inclinaron hacia Maiakín y le hablaron en voz baja. Tomás oyó la palabra «tutela.»

—Tengo un juicio despejado, dijo él, apoyándose

en el respaldo de la silla y fijando sobre los fabricantes su mirada vaga. Sabía perfectamente lo que quería... Quería la verdad... Quería denunciarlos...

Su exaltación renacía y trataba de soltarse las manos.

—¡Eh, ten cuidado! exclamó Bobroff, cogiéndole por los hombros. ¡Sujetadle!

—¡Sí, sujetadme! dijo Tomás con amargura. ¡Cogedme!... ¿Para qué valgo?...

—¡Vaya, está tranquilo! le ordenó su padrino.

Tomás se calló. Entonces comprendió que todo cuanto había hecho era inútil, que sus palabras no habían conmovido el alma endurecida de los traficantes. Formaban á su alrededor un muro espeso á través del cual no podía ver nada. Allí estaban, tranquilos, firmes, tratándole de borracho, de loco, preparándole sin duda alguna mala pasada. Se sentía miserable, aniquilado, aplastado; aplastado por el número y la potencia de aquella masa de seres inteligentes, fuertes en su posición social. El momento en que los había insultado le parecía ya tan lejano, que no comprendía ya lo que había hecho ni el por qué. Le parecía que era extraño á sí mismo y empezó á experimentar una sensación penosa, avergonzándose de su conducta. Su garganta se oprimía al par que su pecho, como si una capa de polvo ó de ceniza hubiese cubierto su corazón. Los latidos eran irregulares y violentos.

Y entonces él dijo lentamente, pensativo, como hablándose á sí mismo y para justificarse á sus propios ojos:

—Yo quería decir la verdad... ¿Acaso esto es vivir?

—¡Imbécil! dijo Maiakín con desprecio. ¿Qué verdad puedes tú decir? ¿Qué cosas comprendes?

—Tengo el corazón ulcerado... ¡Comprendo! ¿Cuál es vuestra justificación ante Dios? ¿Para qué vivís? No, lo siento... sentía la verdad.

—¡Se acusa á sí mismo! dijo con mofa Bobroff.
Alguien añadió:

—Esas palabras denotan enajenación mental.

—No es dado á todo el mundo decir la verdad, declaró Maiakín con tono sentencioso. La verdad fué aprendida con el espíritu y no con el cuerpo... ¿Comprendes lo que quiero decir? ¡Si no has hecho más que sentir, es locura! ¡La vaca siente también cuando se le tira de la cola! Es menester comprender. ¡Comprenderlo todo! ¡Comprender hasta al enemigo! ¡Adivinar lo que sueña por las noches y no obrar sino sobre seguro!

Arrastrado por su manía de consejos filosóficos, Maiakín iba á meterse en una larga disertación, pero recordó á tiempo que no se enseña el arte de combatir al que está prisionero y calló. Tomás le miraba entontecido y meneaba la cabeza.

—¡Especie de tambor! exclamó Maiakín.

—Dejadme tranquilo, gimió Tomás. Todo os pertenece. ¿Qué más queréis? Estoy medio muerto, destrozado... ¡me está bien empleado! ¿Quién soy? ¡oh, Dios mío!...

Todos le escuchaban, pero con intención aviesa.

—Yo vivía, decía Tomás con voz sorda, observaba... reflexionaba. Mis pensamientos han formado un depósito más en mi corazón. La postema ha madurado y he aquí que reventó... ¡Ahora quedé sin fuerzas! Me parece que toda la sangre de mi cuerpo ha salido por esta herida. Hasta hoy, he vivido en la esperanza de deciros la verdad... La he dicho...

Hablaba con voz monótona, sin inflexión, y su lenguaje se asemejaba al delirio.

—He dicho... y en mi alma se ha hecho un vacío atroz... es el solo resultado que he obtenido. De mis palabras no queda ninguna traza... Nada ha cambiado á mi alrededor... Pero en mí todo ha pa-

sado, y todo está saqueado, quemado, devastado... ¿Qué puedo esperar? Todo permanece inmutable.

Jacob Tarasovitch tuvo una risa sardónica.

—¿Puedes creías, levantar una montaña con tu lengua? Te has armado contra una chinche y has querido atacar al oso. ¿No es esto? ¡Desgraciado! ¡Si tu padre te vieses!

Un resplandor de inteligencia iluminó los ojos de Tomás y exclamó de nuevo con acento firme y convencido:

—Sois vos quien tenéis la culpa. Sois vosotros quien habéis hecho odiosa la existencia. Todo lo habéis oprimido... no dejáis al mundo respirar. Y por débil que sea la verdad que os opongo, es la verdad sin embargo. ¡Miserables! ¡malditos seáis!...

Se agitaba en su asiento, se esforzaba por recobrar la libertad de sus manos y gritaba loco de rabia:

—¡Desatadme!

El círculo formado á su alrededor se apretó de nuevo; los rostros de los fabricantes tomaron una expresión más severa y Reznikoïf le dijo:

—No muevas tanto ruido, cálmate. Llegamos á la ciudad... Sostente de forma que no nos avergüences... No es posible meterte directamente en una casa de locos...

—¡Es cierto! exclamó Tomás. ¿Queréis encerrarme en una casa de locos?

Nadie le respondió. Los miró á todos y bajó la cabeza.

—Pórtate convenientemente. Te desataremos las manos.

—Es inútil, dijo Tomás con dulzura. Me es igual... Ya no me importa... No sacaré nada...

Y de nuevo se puso á soltar palabras sin ilación.

—Estoy perdido, lo sé. Pero es mi debilidad y no vuestra fuerza la causa. Vosotros no sois más que gusanos ante Dios. ¡Esperad! Ya pereceréis también... Yo he perecido por ceguedad... Mis ojos se han apagado de pronto y estoy ciego... como el buho... Siendo niño, me acuerdo de haber un día dado caza á un buho en un barranco... Se elevaba, pero siempre tropezaba con algo... La luz del sol le deslumbraba... Se hirió y se mató... Mi padre me dijo entonces: «Lo mismo le ocurre al hombre: algunos se lanzan adelante, tropiezan á derecha y á izquierda, buscan su camino y por fin, desvanecidos, se echan en un rincón, ávidos de reposo y de olvido...» ¡Oh, desatadme las manos!...

Su rostro tornóse lívido, sus ojos se cerraron y un temblor sacudió su cuerpo. Con el vestido sucio y hecho jirones, se balanceaba en su silla, dando con el pecho contra la mesa y balbuceando palabras incoherentes.

Los comerciantes cambiaban miradas significativas; algunos se datan con el codo y se mostraban á Tomás con una señal de cabeza. Jacob Maiakín seguía impenetrable.

—Se le podría desatar, murmuró Bobroff.

—Más tarde, cuando estemos cerca de la ciudad...

—No, es inútil, articuló Maiakín á media voz... Dejémosle ahí, se irá á buscar un coche para conducirlo directamente al hospicio...

—¿Dónde encontraré un refugio? repuso Tomás. ¿Dónde ir?

Y se abismó en una sombría meditación, la espalda encoñada, desvanecido, una expresión de sufrimiento esparcida en sus gestos.

Maiakín abandonó su sitio y se dirigió hacia la proa no sin haber recomendado á los que quedaban cerca de Tomás estuviesen al cuidado, por miedo de que se arrojase al agua.

—Este muchacho me da lástima... dijo Bobroff al mismo tiempo que veía alejarse del grupo á Jacob.

—Nadie es culpable de su locura, replicó secamente Reznikoff.

—¿Y Jacob? murmuró Zuboff indicando con una señal la dirección que aquel seguía.

—Bueno, ¿y qué? ¿Jacob? Nada ha perdido...

—¡Hum! ahora, ya veremos... ¡ja, ja, ja!...

—Se encargará de la tutela, seguramente...

Las risas y las reflexiones que cambiaban en voz baja se mezclaban al rumor de la máquina y no llegaban hasta Tomás. Su mirada estaba fija en las ondas; sólo las comisuras de su boca temblaban ligeramente.

—Su hijo ha llegado, murmuraba Bobroff.

—Conozco al hijo, respondió Iatchuroff. Lo he encontrado en Perm.

—¿Qué tal muchacho es?

—Inteligente... serio...

—¿Y además?...

—Tiene una fábrica muy importante en Ussolié.

—Entonces Jacob ya no necesita á su ahijado...

He aquí la solución del enigma...

—Ved, llora.

—¡Oh!

Tomás se había apoyado en el respaldo de la silla con la cabeza sobre el hombro. Tenía los ojos cerrados y gruesas lágrimas filtraban una á una bajo sus pupilas cerradas. Se deslizaban por sus mejillas á lo largo del bigote y se perdían en su cuello. No se movía ni dejaba escapar una sola queja. Su pecho se levantaba por intervalos desiguales y su respiración era trabajosa.

Los comerciantes miraban aquel rostro de mártir, pálido, deshecho, con las mejillas inundadas de lágrimas, la boca dolorosamente torcida y uno á uno se alejaron de él en un profundo silencio.

Tomás quedó solo, con las manos atadas á la espalda, ante una mesa cubierta de vajilla, de botellas y restos del festín. Levantaba de vez en cuando sus pupilas pesadas é hinchadas; sus miradas oscurecidas por las lágrimas no veían más que aquella mesa donde todo estaba sucio, revuelto, destruido...

Tres años transcurrieron. Jacob Tarasovitch Maiakin murió hace cerca de un año.

En su lecho de muerte, sin perder el conocimiento, siguió fiel á sí mismo, y decía á su hijo, á su hija y á su yerno, reunidos á su alrededor:

—Vamos, hijos míos, vivid en la opulencia. Cuando se ha aprovechado la vida como yo lo he hecho, se debe ceder el sitio á los jóvenes. Ya lo veis, muero, pero no desolado. Dios me lo tendrá en cuenta. He importunado quizás al Señor con tonterías, pero jamás con mis lágrimas ni con mis quejas. ¡Oh, Señor! ¡Te doy las gracias por haberme enseñado el arte de vivir dichoso! Adiós, hijos míos. Continúa unidos y tratad de no ser demasiado malos. Acordaos de que no se es un santo por vivir siempre tranquilo y al abrigo de toda tentación... El temor del pecado no es un mérito, y á eso es á lo que alude la parábola de los diez talentos... El hombre de acción cuya vida es una lucha incesante, no puede apartarse de su propósito por temor al pecado... Dios ha dejado al hombre libre para arreglar la vida á su gusto... pero no le ha dado una inteligencia bastante grande; así es que no puede ser tampoco demasiado exigente... Es grande y misericordioso...

Y murió tras una corta, pero penosa agonía.

Poco después de la cuestión del barco, Eloff se hizo expusar de la población.

Una nueva casa de comercio muy importante se

creó bajo la razón social: *Taras Maiakin y Afriedn Smolin*.

Durante aquellos tres años no se oyó hablar de Tomás. El rumor corría que á su salida del hospicio, Maiakin le había enviado á reunirse con los parientes de su madre en el Ural...

Hace algún tiempo Tomás ha reaparecido en las calles de la ciudad. Está ajado y medio loco. Casi continuamente borracho, se le ve ya sombrío, el ceño fruncido y la cabeza baja, ya sonriente con la sonrisa lamentable y triste de los alienados. De vez en cuando mueve alguna algazara, pero esto es raro. Habita en la casa de su tía, en una bohardilla, en el fondo del patio..

Los comerciantes y los individuos que le conocen hacen de él un objeto de burla. Cuando pasa le interpelan frecuentemente:

—¡Eh, tú! ¡profeta! ¡Ven aquí!

Pocas veces se aparta Tomás de su camino: huye de los hombres y no habla voluntariamente. Cuando por casualidad permite que le hablen, les oye decir:

—Vamos, explicanos el juicio final, ¿eh? ¡ja, ja, ja! ¡Profeta!

FIN